

Vida, fantasía y posibilidad: la fragilidad contemporánea del proyecto humano

Antonio Salvador Flores Flores. Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP, México). **Rubén Sánchez Muñoz.** Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP, México)

Recibido 11/02/2026 • Aceptado 04/04/2026

Resumen

En este trabajo, apoyándonos en la filosofía de José Ortega y Gasset y tejiendo cruces con la hermenéutica filosófica contemporánea, vamos a elaborar un horizonte de comprensión para la actual crisis que nosotros denominamos *crisis de sentido existencial*, el cual no se limita exclusivamente a aspectos de salud mental o estados de ánimo, sino que se puede relacionar con la vocación de vida que puede ser pensado como un problema hermenéutico que se refleja en la obstaculización existencial de los actos que permiten vivir a la persona. La falta de un proyecto vital puede tener como causa una falta de imaginación y creatividad. Pero ello conduce a un sentimiento de desorientación y naufragio, a una falta de sentido.

Bajo este marco, los aspectos que vamos a abordar son: la vida, la fantasía y la metáfora. La desarticulación de esta triada, vistos desde la teoría orteguiana, posibilita el sentimiento de fragilidad existencial; por el contrario, su integración puede ofrecer la restitución de la capacidad para orientarse en el mundo.

Palabras clave: vida, fantasía, proyecto, imaginación, posibilidad, José Ortega y Gasset.

Abstract

Life, fantasy and possibility: the contemporary fragility of the human project

In this work, drawing on the philosophy of José Ortega y Gasset and weaving connections with contemporary philosophical hermeneutics, we will develop a framework for understanding the current crisis, which we refer to as a crisis of existential meaning. This crisis is not limited exclusively to aspects of mental health or mood but can also be related to one's vocation in life, which can be thought of as a hermeneutic problem reflected in the existential obstruction of the actions that enable a person to live. The lack of a life project may be caused by a lack of imagination and creativity. But this leads to a feeling of disorientation and shipwreck, to a lack of meaning.

Within this framework, the aspects we will address are: life, fantasy and metaphor. The disarticulation of this triad, seen from Ortega's theory, enables a feeling of existential fragility; on the contrary, its integration can offer the restoration of the ability to orient oneself in the world.

Keywords: life, fantasy, project, imagination, possibility, José Ortega y Gasset.

Vida, fantasía y posibilidad: la fragilidad contemporánea del proyecto humano

Antonio Salvador Flores Flores. Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP, México). **Rubén Sánchez Muñoz.** Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP, México)

Recibido 11/02/2026 • Aceptado 04/04/2026

§ 1. La vida en crisis de sentido

La vida humana atraviesa en la actualidad una problemática silenciosa que se manifiesta como una experiencia sin importancia, cotidiana y fría para quienes experimentan su mundo como un derrumbe del sentido, un cansancio existencial que está presente en el proyecto personal o se presenta como un activo que va desgastando la capacidad de imaginar un futuro del que puedan apropiarse y por el cual se pueda trabajar. Esta herida no aparece únicamente como un trastorno psicológico —catalogado desde el punto de vista de la psicología como depresión, ansiedad, estrés o simplemente un cansancio existencial—, sino también como un obstáculo de orden lingüístico que dificulta la articulación de la experiencia vital. Cuando el lenguaje claudica, también se fractura el faro de posibilidades que orienten el sentido. Como afirma Jean Grondin: «Una vida que tiene y que tendrá «sentido» será una travesía habitada por significados, una trama llevada al lenguaje que, a su vez, será siempre llevada por el lenguaje» (2005: 55). Pero si esto es verdad, entonces también se puede afirmar que una vida sin sentido se teje en una travesía lingüística, por una forma de narrar e interpretar la propia vida. En este orden, cabe volver a una dimensión ética de la vida que esté al cuidado de las narrativas.

Es en este punto donde la filosofía de José Ortega y Gasset cobra especial relevancia, pues su afirmación de que la vida «no nos es dada hecha», sino que «tenemos que hacérsela nosotros mismos» (V, 351)¹, ofrece un horizonte para pensar en el malestar

¹ A lo largo de este trabajo vamos a citar las *Obras completas* de Ortega y Gasset en la edición de Taurus (2004-2010), señalando el tomo en número romano y la página correspondiente en números arábigos. Véase la bibliografía al final.

contemporáneo. A partir de esta perspectiva, este malestar no se reduce a psicologismos, sino que puede comprenderse como un desgaste del proyecto vital, es decir, como una crisis en los quehaceres básicos que posibilitan ser alguien y no solo contemplar el mundo. Para Ortega, la elección es el equivalente a vivir, porque permite vislumbrar un porvenir. Decidir es aspirar a la construcción de una figura ideal del sí mismo como una imagen previa de lo que se puede llegar a ser. De este modo, la vida está condicionada a «anticipar todo nuestro porvenir... la imagen previa del que tenemos que ser» (IX, 297). Sin esta anticipación generada a través de la imaginación o la fantasía la vida se encuentra en un estado de suspensión en la perplejidad. En consecuencia, Ortega propone una posibilidad para ver la vida en la cual la imaginación es fundamental para la configuración del proyecto vital. Puesto que la vida no nos la dan hecha, y ese es un gran problema, tenemos que imaginar modos posibles de ser. Para llegar a ser hay que imaginar. Imaginarnos en el futuro nos conduce a crear. La vida necesita creatividad. Así pues, para Ortega, «el hombre inventa su ser» (Villacañas, 2007: 170).

En la actualidad, la estructura planteada, vida como proyecto, como quehacer y como decisión, se ve debilitada debido a cinco aspectos:

- 1) Debilitamiento de la imaginación: arrojarse a los futuros posibles y vivir con lo ya dado como forma de vida.
- 2) Desvanecimiento de horizontes narrativos: las personas se cristalizan en su historia, alejando la posibilidad de una relectura de sí.
- 3) Saturación emocional: estado afectivo que genera dificultar para simbolizar la experiencia.
- 4) Falta compromiso: al no tener una idea clara de qué se quiere llegar a ser, la vida se torna incierta, se deja llevar de un lado para el otro sin rumbo ni dirección.
- 5) La prisa o el no tener tiempo: la idea de que debemos llegar rápido a todas partes.

En efecto, Ortega le da una alta estima a la imaginación al considerarla un órgano para la supervivencia: «Sin fantasía no habría humanidad... La imaginación suscita programas vitales» (IX, 298). Cada persona tiene el requerimiento de imaginar un

personaje íntimo, un personaje ideal que oriente su actuar. En este sentido, la fantasía es donde nace todo proyecto vital. Sin embargo, esa capacidad de imaginar en la actualidad se encuentra disminuida. En condiciones de existencia —como la depresión—, la fantasía se convierte en un exceso de irrealidad con la imposibilidad de imaginar el futuro, ya que la persona se ve negada a sí misma, ocasionando que no se pueda elaborar un *quién podría ser*. En términos generales, la fantasía tiene la función de guía estructural, ya que, sin ella, la existencia no tendría un soporte organizativo.

Desde este punto de vista, la metáfora tiene una relación directa con la fantasía. Según Ortega, es una capacidad que puede generar irrealidad fecunda: «La metáfora es la potencia más fértil, crea arrecifes imaginarios entre las cosas reales» (III, 889). Asimismo, la metáfora opera como un acto de suspensión de dos realidades y abre un espacio intermedio para generar sentido (IX, 840). Así, la metáfora funciona como un puente simbólico entre la experiencia y el mundo. Cuando una persona es capaz de usar metáforas para contar su dolor, crea la posibilidad de tomar distancia y regresar sin quedar atrapada en ninguno de los dos extremos. Pero esta misma capacidad de imaginar y crear metáforas, conduce a la posibilidad de estructurar o reconfigurar discursos simbólicos, otros modos de decir y contar la experiencia y otros modos, a su vez, de interpretar la vida.

Sin embargo, ante los estados de ánimo que ensombrecen la existencia, disminuye o incluso se eclipsa. Esto se ve reflejado en diversas afectaciones lingüísticas: el discurso se vuelve acartonado, sin matices, sintiéndose vacío; la imaginación se empobrece, como si no se quisiera recurrir a ella; el malestar se aleja del lenguaje, se es incapaz de nombrarlo, aunque se encarna. Para Ortega, la importancia de la metáfora es tal, que la considera como una habilidad sobresaliente desarrollada a partir de conocimiento poético y, de igual manera, es un instrumento —propio o de los demás— que tiene la capacidad de reorganizar el pensamiento vital (III, 889; IX, 840).

§ 2. La vida como vocación: un proyecto vital

Para Ortega (V, 531) «la vida no es sino un *quehacer*», es una acción personal intransferible, un acto de arquitectura sobre uno mismo que implica compromiso, pues

«tenemos que hacérsola nosotros mismos, cada cual la suya». Es un proyecto individual y personal, con las características propias que cada quien le imprima.

Pensar la vida como un quehacer, remarca la idea de que no es ajena a la persona, sino que nace y parte de esta. Es un llamado propio que ocurre bajo la configuración histórica de cada uno, atendiendo a sus posibilidades presentes y proyecciones futuras. Implica también una anticipación del provenir, es decir, imaginarse en distintos contextos posibles (y tal vez algunos no tan posibles) para poder elegir en cuál de ellos desea habitar, lo cual se plasma en la siguiente frase: «Para decidir el más sencillo de nuestros actos, tenemos que anticipar... nuestro porvenir, la imaginación previa del que tenemos que ser» (IX, 298). La anterior expresión no es una forma de obligación insuperable, por el contrario, es una forma de enmarcar la responsabilidad para alcanzar el objetivo existencial, es una manera de comprometerse con el objetivo imaginado y que se convierta en alcanzable.

Ahora bien, Ortega utiliza un concepto para describir aquello a lo que se aspira ser, lo llama *vocación*. Este concepto no se refiere al que en la actualidad se emplea como equivalente a profesión, a un quehacer remunerado o a lo que de manera natural y con mayor facilidad se muestra. Por el contrario, el filósofo de la escuela de Madrid realizó profundas críticas a la profesionalización de las carreras e insistió en lo importante que es no confundirlas con la vocación. Para Ortega, la vocación nace desde las decisiones y acciones más íntimas, pues cada una de las elecciones, aún las más simples, derivan en una dirección hacia el porvenir. Por lo anterior, la vocación es el medio articulador de la vida como proyecto, en otras palabras, es el medio por el cual se posibilita el despliegue de la vida que, de igual manera, cuando la vocación se descuida, el proyecto se vive como truncado. Peor que vivir un proyecto truncado sería vivir a la deriva, sin proyecto, vivir sin vocación, ya sea porque se tuvo que renunciar a ella o porque no sabe cuál es.

Para Secchi (2007) la vocación va más allá de una reducción psicologista, pues la vida humana es historia y drama que se orienta a un deber-ser, es decir, es un aspecto ontológico, un abarcar desde la forma que se es en el mundo. Por lo tanto, la vocación no se limita a una estructura de pensamiento, más bien es una acción global una vez que se toma con seriedad y se asume como tarea personal en el mundo, atendiendo sus implicaciones y riesgos.

Debemos considerar un aspecto importante en cuanto a la orientación vital, pues esta no es una ruta perfectamente delimitada ni una estrategia única. No es un camino donde los señalamientos y los posibles conflictos puedan surgir. Según Ortega, el proyecto de la vida humana tiene una ventaja ante otras formas de vida, esta es la *fantasía*, la cual define como la capacidad de anticiparse a las posibilidades, es decir, es una manera de proyectarse y crear distintos escenarios próximos a la circunstancia particular en la que se vive. De igual manera, Ortega menciona que sin la fantasía no sería posible la existencia humana (IX, 298), ya que es la fantasía lo que posibilita la generación de programas vitales.

Es importante tener presente que la vocación no es una reducción de la fantasía y que esta es ajena a la realidad. Para Ortega, la vocación es un hecho que está sujeta a la circunstancia específica y que más allá de opacarla o desestimarla, la pone a prueba. «La vida que me ha sido dada no me es dada hecha» y refuerza con «sino que tengo que hacérmela yo» (VIII, 607). Esta circunstancia existencial permite repensar a la vocación para alcanzar un proyecto efectivo de desarrollo.

Para Malishev y Herrera (2010) el tiempo es un elemento importante, pues este permite la elaboración de la vocación, en otras palabras, el tiempo es el medio para pensar, considerar, reflexionar y elegir la dirección que puede tomar la vocación. La interpretación que le da a la postura de Ortega es a partir de una crítica por la aceleración social y cultural que se vive en la Modernidad que se refleja en una exaltación de la tecnificación de la existencia humana, de la cual resulta más importante la *técnica* que la propia experiencia de estar vivo. Malishev y Herrera sostienen que el proceso de vida auténtica justamente necesita del tiempo para madurar y comprender, no es un acto inmediato o espontáneo, sino que es a partir de esta condición que puede darse la apropiación de la vida y trazar un camino (Malishev y Herrera, 2010).

La vocación no se revela de manera inmediata, no sigue una secuencia lógica, ni se desarrolla bajo parámetros de construcción o diseño lógico, requiere un proceso temporal con la particularidad del ser humano que la imagina y que la descubre imaginando. De acuerdo con Ortega, la vida requiere anticiparse y con base a ello generar un proyecto vital que resulte viable y alcanzable (IX, 297), lo cual requiere tiempo en el que se realiza un proceso imaginativo y reflexivo. Por el contrario, aspirar

a la inmediatez o a condiciones donde no se pierda la reflexión y meditación no permite surgir un proyecto vital auténtico, pues, así como fue realizado sin consideración ni atendiendo a la circunstancialidad es probable que no se sostenga, tanto en su desarrollo como en la proyección al futuro.

Ahora bien, en este orden de ideas, Blas González (2020) sostiene que la crítica que realiza Ortega sobre lo que él llama el *hombre-masa* adquiere una importancia destacada. Por hombre-masa podemos entender la condición de aquella persona que existen sin un proyecto propio, que no ha generado su circunstancia para que este se desarrolle y ha dejado de lado la tarea de crearse a sí mismo. Se caracteriza por la poca reflexividad de sí, atendiendo la circunstancia desde el poco compromiso y la conformidad, aspirando a la inmediatez de las cosas y relativamente renunciado a lo que implique tiempo o esfuerzo.

De acuerdo con lo anterior, el aspecto orteguiano de vocación se antepone a la extensión de la masificación de los seres humanos, pues son figuras que se contraponen, por un lado, la vocación exige paciencia, tiempo y dedicación; y por el otro la calidad del hombre-masa está desarrollada en un espacio de baja responsabilidad y conformismo. Ortega resalta la importancia y función del ensimismamiento para el verse a sí mismo, pero no es un acto de retrasarse totalmente del mundo, sino de separarse de él por un momento para adentrarse en el mundo interior y generar ideas por medio de la proyección de las fantasías. La condición de distracción del mundo y de sí, lleva al camino de la dispersión, el andar por el mundo de manera apresurada y sin rumbo propio, lo que ocasiona el distanciamiento del mundo interior y, por ende, de su vocación.

Después de esta articulación de conceptos, es que podemos intuir que los estados de ánimo tienen un papel crucial en el desarrollo de la vocación, pues los distintos matices emocionales (cómodos e incómodos) potencializan o limitan la fantasía y la proyección hacia el futuro. La situación contemporánea no escapa de estas condiciones, pues es evidente que existe una urgencia por vivir de prisa, en lo inmediato, en un mundo creado que no permite generar fantasía, pues no se formula la idea en serio de acceder a una vocación del tipo orteguiana. Socialmente no hay tiempo, la información «debe ser» actual y oportuna, como en los medios de comunicación formales e informales que, no importa la veracidad o cuidado del otro,

sino la obtención de vistas, seguidores, me gusta, etc. Esta condición, a nuestro juicio, ha generado la disminución creativa y un estado de suspensión vocacional, una especie de adormecimiento vital, desorientación y falta de metas que apunten a ideales que orienten la existencia.

Es imperante recuperar este ejercicio personal, pues la vocación crea el acceso para la vida como proyecto. Retomar su práctica es considerar nuevamente el tiempo para ejercitar la fantasía y atender las cualidades afectivas que enfrentan al ser humano a sí mismo y sus circunstancias. Ese es el camino para abandonar la calidad de hombre-masa y no solo existir, sino que el ser humano en su esfera individual, aspire al desarrollo de sus capacidades en plenitud (Expósito Roperoy y Soares da Silva, 2024).

§ 3. La internalización del tiempo como ruta para la gestación de la actitud creativa

Para Ortega, la ruta para el desarrollo de la vida como proyecto es necesariamente a través de la conciencia del tiempo, pero no de una manera mecánica o digital, sino desde la postura del tiempo como acto vivencial, del tiempo subjetivo o, mejor aún, ejecutivo. Es el tiempo que cada ser humano toma para sí y lo emplea en recogerse y desarrollar la proyección de su propia existencia, lo que Ortega llama *ensimismamiento*. Para Ortega, vivir implica anticiparse a un porvenir y con esto dar sustento y contención a un proyecto de vida, pero no es un acto inmediato, sino que es un proceso de maduración que se genera en distintas fases de la vida, deteniéndose a contemplar lo existente de sí y arrojándose hacia el futuro, pero, sin una intención acelerada o impertinente (IX, 297).

La propuesta de crear, generar o desarrollar no se relaciona —respecto del proyecto vital— con la premura, es más bien con el hecho de que cada proceso creativo tiene un tiempo determinado que no es igual al de ninguna otra persona. Es un tiempo propio, vivido en primera persona del singular. Apresurar este acto da como resultado el empobrecimiento de lo que se conceptualiza como proyecto vital, se viste de fracasos y contradicciones que alejan aun más de la reflexión. Crear es construirse en múltiples aspectos, con la bondad de poder ensayar y corregirse, adecuando con cada error y progreso para entrar nuevamente en la fantasía y realizar una nueva aproximación al proyecto vital elegido (IX, 298). Ello no quiere decir tampoco que toda fantasía es

válida y le hace justicia al proyecto vital y a la carrera de la existencia. Hay que cuidarse también de no falsificar la existencia en fantasías que nos alejan de la realidad. Pero si esto es así, ¿cómo puede la imaginación contribuir a la vocación? La vocación es anterior a todo acto imaginativo; pero la imaginación puede ayudar, esto es, es el vehículo para dar con ella. Recordemos este pasaje de Ortega donde relaciona la trayectoria vital o carrera de la existencia con la imaginación:

Evidentemente porque se representará en su fantasía muchos tipos de vida posibles y al tenerlos delante notará que alguno o algunos de ellos le atraen más, tiran de él, le reclaman o llaman. Esta llamada hacia un cierto tipo de vida o, lo que es igual, de un cierto tipo de vida hacia nosotros, esta voz o grito imperativo que asciende de nuestro más íntimo fondo es la vocación. [V, 298]

¿En qué sentido vida y fantasía se complementan?

[...] nuestra vida es, por lo pronto, una fantasía, una obra de imaginación. Y, en efecto, en todo instante tenemos que imaginar, que construir mediante la fantasía lo que vamos a hacer en el inmediato. Sin esa intervención del poder poético, es decir, fantástico, el hombre es imposible. [*Idem*]

A su vez, Malishev y Herrera (2010) afirma que la metafísica de la vida como la caracteriza Ortega no está sujeta a una reducción técnica del tiempo, es decir, que lo que se puede entender como vida auténtica no depende exclusivamente del acumulado de procesos donde sea evidente la eficacia o los resultados óptimos, pues esta condición mecaniza y condiciona la existencia a la producción o *utilidad* observada, rasgo distintivo de las sociedades modernas, en donde la actitud creativa se ve superada por el control, la adaptación pasiva y la reproducción mecánica.

Por otra parte, Blas (2020) señala que, en la sociedad, estas circunstancias son notorias y persistentes, pues la misma estructura de desarrollo personal impone una dificultad para el desarrollo de proyectos vitales viables y permanentes. Dado que la vida está sujeta a múltiples demandas, constantes y complejas que no permiten detenerse a pensar en un proyecto viable, además, el hecho de detenerse no solo genera una desventaja social, sino también una marginación de la sociedad, pues en tiempos de producción en masa, no encontrarse dentro del mercado es símbolo de fracaso que puede resultar intolerable para el sujeto. En este sentido la sociedad se mueve a un ritmo acelerado en el que se acelera la vida y se vive corriendo.

La importancia del *no tengo tiempo* complica el acto creativo, pues la necesidad del ensimismamiento es la ruta para verse a sí y acceder a su mundo interior (X, 146). Esta imposibilidad de separarse del mundo para mirar en el adentro de sí, no permite tampoco tener el suficiente espacio y tiempo para crear un proyecto de vocación que, al igual que los estados de ánimo, son una situación adversa, pues las emociones se ven envueltas por la urgencia, ansiedad o estrés, dejando de vivir el tiempo como aliado y convirtiéndolo en obstáculo para arrojarse al futuro. Las emociones son una dimensión que estructura y da sentido a la experiencia, por lo que su distorsión se ve relacionada con el tiempo que a su vez condiciona la creatividad respecto de las posibilidades que se puedan generar (Expósito Roperero y Soares da Silva, 2024).

Es así como la crisis de la vida contemporánea es una crisis de la experiencia del tiempo, donde se vive, pero se deja de percibir como parte del ser humano y se convierte en un enemigo a vencer. Navegar nuevamente entre el tiempo posibilita la creatividad imaginativa, es un reto, pues es escoger entre el ritmo del mundo o la posibilidad de encontrarse a sí mismo reflejado en una vocación, en otras palabras, es dejar de vivir a la velocidad que la sociedad impone y trabajar en el desarrollo de ser proyecto.

Como ha observado Monfort (2022) el hombre masa es un hombre hecho de prisa, o sea, que la prisa es su modo de ser, en el que huye de sí mismo. Siendo de esta manera, le resulta sumamente difícil llevar a cabo un proyecto vital, pues lo que se requiere para dicha empresa es precisamente tiempo. El ir deprisa no deja tiempo para planificar, mucho menos para esperar y aguardar con paciencia para que la creatividad le permita generar alguna idea que sea digna de realizar. Por el contrario, el desconocimiento de sí mismo tiene que ver, a su vez, con el desconocimiento de su propia historia y el vivir «sin entrañas de pasado» (IV, 356). Pues el tiempo de la vida no es el mismo que el tiempo del reloj, sino el tiempo vivido que se consume y se acaba. La prisa, dice Monfort (2022: 144), «Provoca en el hombre masa un agotamiento del campo de posibilidades». Lo que ocurre es que, en buena medida, esas posibilidades no me son dadas, sino que cada uno de nosotros las tiene que hacer; las posibilidades «se constituyen en mi vida» (II, 296); son lo que hago, de tal forma que, a partir de allí, puedo hacer mi vida.

§ 4. El hombre-masa: una existencia sin tiempo, sin vocación y sin creatividad

La representación del hombre-masa que presenta Ortega, no es en sí un prototipo descriptivo de una existencia en particular, no obedece a condiciones económicas, educativas, culturales o religiosas, sino que describe una postura ante la vida, una manera de ser en el mundo que indudablemente no tiene un proyecto propio sobre sí. Su particularidad radica en la manera de habitar su existencia, no importa sus cualidades o defectos, sino el compromiso consigo mismo y su arrojo con responsabilidad hacia la vida. Para Ortega, esta forma de existencia vive en medio de facilidades que le permiten existir, sin embargo, la caracteriza como únicamente usuario de las mismas, es decir, no es un creador de su circunstancia, sino que toma las existentes y se adecua a las mismas, encontrando comodidad, pero también conformidad, su arrojo al mundo es pobre al igual que el compromiso de responder a la vida como tarea (V, 531). La figura del hombre-masa es sin duda la figura representativa de lo contrario a la vocación, dado que —con intención o desconocimiento— ha encontrado una forma de vivir sin generar un esfuerzo mayor. Vive una vida vulgar. Vulgar es una vida que no se exige y no se esfuerza.

Si se le pudiese atribuir alguna característica distintiva, podríamos decir que se es la nula interiorización, dicho de otro modo, no se toma el tiempo para entrar en sí, ni tampoco se da el tiempo para pensar de manera pausada y razonada lo suficientemente necesario para la creación de un proyecto vital. Su tendencia es la inmediatez, moviéndose a través de la cultura y el ciberespacio que le exige tiempo, lo cual limita la atención que se dé a sí mismo. El llamado a ser, según Ortega (IX, 297), es la descripción de un acto anticipatorio para lograr una vida auténtica, es decir, atiende sus circunstancias y se encarga de sí misma en un mundo donde se ha depositado su existencia y se ve obligado a apropiársela, contrario a lo que experimenta el hombre-masa que vive en la reactividad de su existencia sin un interés genuino por desarrollarse. En este sentido su falta de esfuerzo, imaginación y creatividad, lo conduce a una homogeneidad, a un modo de ser que consiste en ser como los demás. Esta es la razón por la cual la prisa y la falta de tiempo «disuelve las vocaciones» (Monfort, 2022: 146).

Visto de esta manera, el hombre masa es un ser que vive de prisa, pero, no desde un punto de vista temporal donde experimente el tiempo de una manera diferente, sino que no se ha constituido con la demora necesaria, no goza de holgura. El apresurarse no solo es una actitud al exterior, también es una manera de elaborarse a sí mismo, desatendiendo la reflexión y la capacidad imaginativa, por lo tanto, el hombre-masa no logra configurarse como proyecto y solo existe a partir de la no demora e inmediatez. Todo lo quiere rápido; le molesta esperar; dispone de poca paciencia; pero, a su vez, lleva una «vida prosaica», «alicorta», «atada a lo inmediato y utilitario» (*ibidem*: 147).

Así, la carencia de tiempo, afecta de manera importante a la capacidad imaginativa. En efecto, para Ortega la fantasía es una facultad necesaria para la generación de *programas vitales* que faciliten el horizonte del porvenir (IX, 298). Sin esta facultad, la existencia misma se limita a la conformidad de lo dado, lo existente que rodea su ser, por lo que su tendencia es el consumismo de lo que se le presenta, convirtiendo su existencia en actos repetitivos en los cuales su vida se vuelve hueca y carente de sentido.

La falta de creatividad es diferente a la resolución de problemas técnicos o a la explotación de potencialidades artísticas, es más bien la incapacidad de darse forma a sí mismo. El sentido orteguiano versa sobre descubrir y vivenciar la novedad desprendida de su existencia, la generación de posibilidades aún en circunstancias que dificulten el desarrollo personal. El hombre-masa no se ocupa de esa tarea, elige vivir sin vocación, porque su vocación está truncada. Un aspecto importante en lo contemporáneo, es que vivir sin tiempo también se puede conceptualizar desde la no elaboración, vivir en la preocupación o estados emocionales que trastornan la atención y deseo por arriesgarse a vivir.

La existencia como hombre-masa es un resultado de la circunstancia social que envuelve la modernidad, pues es esta condición la que acelera el alejamiento del sí mismo. No solo es la intensidad del tiempo sino la misma saturación sensorial (redes sociales, programas académicos extensos, actividades extracurriculares, información, pantallas, etc.) que deja en último término la reflexión y creatividad necesarias para una vida con vocación (Blas González, 2020).

Lo que resulta de esta forma de ser es un malestar incongruente, pues el sufrimiento experimentado no es el de la incomodidad, sino el de la ausencia de persistencia, es decir, se vive como un vacío o, por el contrario, una autoexigencia en el deber ser. Para Ortega, una vida vulgar, sin autoexigencia, se vuelve hueca; pero que sea noble es independiente al potencial económico o estrato social (V, 531). La crisis a la que se enfrenta el hombre en la actualidad, respecto de su proyecto vital, es el de la vida masificada, una uniformidad social que se convierte en el ideal aspiracional. Esta manera de existir, además de ser una crítica social, también es una preocupación existencial, porque la vocación se pierde al no tener referentes que la guíen.

§ 5. Los estados de ánimo y la vocación

Si la vida es quehacer y proyecto, entonces también es clima: no se vive desde una neutralidad afectiva, sino desde disposiciones que abren o cierran el acceso a lo posible. En Ortega, la orientación vital depende de la capacidad de anticipar un porvenir y sostener una «imagen previa del que tenemos que ser» (IX, 297). Sin embargo, esa anticipación no opera en el vacío, sino en medio de condiciones internas y externas que pueden favorecer o deteriorar la proyección. En este sentido, la crisis contemporánea del proyecto humano no solo se expresa como falta de tiempo o dispersión social, sino como una tonalidad afectiva que dificulta el ejercicio mismo de imaginar y elegir.

Desde esta lectura, los estados de ánimo no funcionan únicamente como «síntomas» psicológicos, sino como modulaciones del mundo vivido: predisponen a la apertura, al retraimiento o a la repetición. Cuando la existencia se vive bajo la urgencia, la ansiedad o el desgaste, el porvenir deja de aparecer como campo de posibilidades y tiende a reducirse a una continuidad de lo mismo. Por eso, el problema no es solo que falte motivación, sino que se empobrece el horizonte de futuro del que la vocación se alimenta. La fantasía queda entonces limitada por una afectividad que pesa sobre la imaginación y debilita la decisión.

Esta afectividad empobrecida se intensifica cuando la vida se instala en la lógica de la prisa. La aceleración social, la tecnificación y el imperativo de rendimiento, descritos críticamente por Malishev y Herrera (2010), favorecen una existencia donde la demora

necesaria para madurar la vocación se vuelve un lujo. Cuando no hay tiempo para ensimismarse, la vida se vuelve más reactiva que proyectiva: se responde a estímulos, se consume información y se «cumple» con demandas, pero se pierde la interioridad desde la cual la vocación puede articularse como tarea. El hombre vive fuera de sí. En ese marco, la vida se desplaza hacia lo que Ortega denuncia como degradación del proyecto en la figura del hombre-masa: un modo de existir sostenido por facilidades y conformidad, sin la autoexigencia que lo singulariza (V, 531; Blas González, 2020).

La relación entre la estimativa y la masificación no es de orden moral, más bien es la referencia a los efectos que producen: el vivir de prisa, el agotamiento emocional y la saturación vital son los estados que, por su desarrollo, dificultan el proceso y crecimiento de un proyecto. Dice Ortega que:

El hombre no reconoce su yo, su vocación singularísima, sino por el gusto o el disgusto que en cada situación siente. La infelicidad le va avisando, como la aguja de un aparato registrador, cuándo su vida efectiva realiza su programa vital, su entelequia, y cuándo se desvía de ella. [V, 130]

En efecto, Pedro Cerezo afirma que:

El sentimiento es la forma de nuestra apertura estimativa a la circunstancia, al mundo en derredor, el modo primario de estar-en realidad y de experimentar cómo nos va en ella. Sentir-se es conjuntamente sentir lo otro, esto es, padecer la realidad circundante en un determinado temple o disposición anímica (*Stimmung*) de distinta valencia afectivo/valorativa según los casos. [2012: 88]

Así, la masificación no se reduce al fenómeno sociológico de «muchas personas», sino a una modalidad existencial: vivir sin tiempo suficiente para elaborar, sin recogimiento para decidir, y sin fantasía para anticipar y, posiblemente también, sin tiempo para valorar el modo de ser de las cosas. En esa modalidad, la vocación se vuelve frágil: o se posterga indefinidamente, o se reemplaza por guiones ajenos que ofrecen seguridad, aunque empobrezcan la singularidad.

Aquí la metáfora aparece como un indicador decisivo del estado del proyecto vital. Ortega atribuye a la metáfora una potencia creadora de irrealidad fecunda (III, 889) y describe su operación como una suspensión de realidades que abre un espacio intermedio de sentido (IX, 840). Cuando la afectividad se oscurece, suele empobrecerse también la capacidad metafórica: el lenguaje se vuelve rígido, sin matices, y el malestar

queda fuera de la palabra, aun cuando se encarne en la experiencia. Sin embargo, a partir de la reorganización y estructuración de vida del sujeto, se puede recuperar la posibilidad de expresión por distintos medios: símbolos, imágenes o metáforas que acercan la experiencia hacia el sentido de manera encarnada (Expósito Ropera y Soares da Silva, 2024).

Por lo tanto, al ser la vocación una forma orientativa para la edificación sólida del proyecto vital, la contemporaneidad no depende necesariamente de actos fallidos o errores por falta de imaginación o experiencia, sino de la convergencia del tiempo, la masificación y los estados de ánimo que —de acuerdo a su intensidad— reducen o imposibilitan la creación de posibilidades al futuro como un horizonte real. Apropiarse de la vocación de acuerdo al pensamiento orteguiano, tiene un costo en la actualidad: el tiempo para imaginar, resistir a la vida precipitada y retomar una capacidad lingüística que permita refigurarse a sí mismo en un escenario posible (IX, 297-298; V, 531).

§ 6. Conclusiones

El abordaje de esta temática a partir de la filosofía de Ortega, ha permitido pensar en la fragilidad de la experiencia humana en la época contemporánea. El proyecto como acción humana, no se puede comprender exclusivamente a partir de marcadores psicológicos y mucho menos como una carencia individual, es una crisis aún más grande en cuanto a la narración propia, la aceptación y desarrollo de la circunstancia personal y la proyección hacia el futuro. Ortega afirma que la vida es un quehacer de siempre, no es momentáneo ni un proyecto infalible, es pensarse a partir de una dirección y hacer todo lo posible para que ocurra. La vida como vocación tampoco se limita a una función social o un rol laboral, es un eje que sostiene las decisiones, el continuo paso hacia su destino. La capacidad de demora y ensimismamiento —duramente criticadas en la actualidad—, son los aspectos que se tiene que volver a retomar con el propósito de desarrollo. La inmediatez y su valor económico y social se ha vuelto en contra del ser humano, es un vivir-se de modo vacío, suspendido en el tiempo.

Uno de los aspectos que ha puesto a disposición Ortega es la fantasía, una capacidad necesaria para anticiparse a las posibilidades y dialogar con ellas: ¿cuál es mi

propósito?, ¿qué deseo hacer de mí? Al no haber preguntas no hay necesidad de imaginar nada más, se vive bajo un esquema autómatas de producción y desarrollo repetitivo. En este sentido, la crisis que ha generado el proyecto vital tiene estrecha relación con la capacidad de imaginación de sí en el futuro. Por otro lado, la metáfora es un medio, un canal para ir hacia la vida proyectada. La mediación entre la irrealidad creadora y lo simbólico de la experiencia, organiza de cierto modo el sentido y permite la separación de la experiencia como distancia analítica y no como negación del mundo vivido. El lenguaje torna el pensamiento y contribuye en el modelaje de la realidad, al adoptar una estructura rígida, deja de lado la capacidad metafórica, impidiendo la extensión de la experiencia por los límites impuestos que de igual manera dificulta la expresión del sentido.

Finalmente, la figura del hombre-masa ha permitido comprender la cualidad del hombre contemporáneo y su inestabilidad. Su referencia no es como una forma de pensamiento cerrado incapaz de modificarse, más bien es una referencia a un estado existencial, donde el proyecto vital ha sido relegado a consecuencia de la inmediatez y lo dado en la era actual. Esta figura se ha distinguido por la falta de esfuerzo, autoexigencia y adaptabilidad activa ante el mundo. Es aquí donde la vocación aparece como un frente de resistencia ante las cosas hechas de prisa, al menosprecio de los proyectos vitales que se reducen a modas y la producción masificada.

En conclusión, reabrir la vida como proyecto —en clave orteguiana— implica recuperar el tiempo para imaginar, la disposición afectiva para ensimismarse y un lenguaje capaz de figurar el porvenir. No se trata de ofrecer recetas ni soluciones inmediatas, sino de reinstaurar las condiciones existenciales que hacen posible que la vida vuelva a ser asumida como tarea. Solo allí donde la vida se reconoce como quehacer, sostenido por la fantasía y articulado simbólicamente, puede la vocación dejar de estar en suspenso y convertirse nuevamente en orientación viva del existir.

Bibliografía

- Blas González, Pablo (2020), «Ortega y Gasset's philosophy of existence in *The modern theme*», en *Disputatio*, vol. 9, n.º 15, pp. 199-208, <<https://disputatio.eu/index.html>>, [03/01/2026].
- Cerezo, Pedro (2012), «Páthos, éthos, lógos (en homenaje a Antonio Rodríguez Huéscar)», en *Revista de Estudios Ortegaianos*, n.º 24, pp. 85-107.

- Expósito Ropero, Nuria, y Soares da Silva, Augusto (2024), «Phenomenology and cognitive linguistics in dialogue: A review of Ortega y Gasset's theory of emotive gesture as metaphor», en *Southern Journal of Philosophy*, vol. 62, is. 3, pp. 374-390 <<https://doi.org/10.1111/sjp.12555>>, [03/12/2025].
- Grondin, Jean (2005), *Del sentido de la vida. Un ensayo filosófico*. Barcelona, Herder.
- Malishev, Mijaíl, y Herrera González, Julián (2010), «José Ortega y Gasset: la metafísica existencial de la vida», en *Eidos*, n.º 12, pp. 214-235, <<https://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/eidos/article/view/146>>, [15/12/2025].
- Monfort Prades, J. M. (2022), «El hombre masa de Ortega y Gasset, un ser hecho de prisa. Reflexiones sobre la educación actual», en Noé Expósito y Tomás Domingo (eds.), *Ortega y la fenomenología. Diálogos con Javier San Martín*. Madrid, Dykinson, pp. 141-154.
- Ortega y Gasset, José (2004-2010), *Obras completas*. Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset. 10 vols.
- Secchi, Gioconda (2007), *La vida humana en el pensamiento de Ortega y Gasset*. Santiago de Chile, Universidad de Chile, <<https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/108963>>, [20/01/2026]. Tesis de postgrado.
- Villacañas, José Luis (2007), «Ortega, la cuarta pregunta y la consideración carismática de la vida», en J. Lasaga, J. M. Márquez y J. San Martín (eds.), *Ortega en pasado y en futuro. Medio siglo después*. Madrid, Biblioteca Nueva.